

Dios se ha reservado el goce de las elevadas cimas y las grandes profundidades de algunas almas privilegiadas que nosotros sólo podremos conocer en el cielo. ¿Qué sabemos, por ejemplo, de san José, de los santos cartujos y de tantos otros devotos de vida recoleta?

No obstante, de tiempo en tiempo se despeja ante los ojos del caminante una cancela — porque ha llegado ya su hora — y las huellas de alguna de estas almas olvidadas recobran vida entre nosotros.

JEAN GUENNOU, profesor de teología ascética y mística en el seminario de Misiones Extranjeras de París, ha exhumado entre los textos espirituales que se conservan en los archivos de aquel centro docente unos interesantes escritos. Con ellos ha elaborado una tesis titulada *Una mística desconocida, del siglo XVII*, tesis que presentada a la Escuela Práctica de Altos Estudios, ha obtenido calificación favorable.

Sus líneas generales se hallan refundidas en esta obra de síntesis, que no sigue el orden de los documentos, sino el orden cronológico de los hechos referidos. Cita numerosos textos a fin de que el lector se forme un juicio personal sobre las experiencias que se le ofrecen.

En 17 de abril de 1642 una joven provinciana, arruinada a consecuencia de la guerra, se puso en camino para París. Apenas llegada, se pone en relación con las religiosas de la Anunciada del Marais y se presenta al procurador de los jesuitas en demanda de asistencia, porque su ofi-

JEAN GUENNOU

LA COSTURERA MÍSTICA DE PARÍS

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1961

Versión castellana de ALEJANDRO ROS, sobre la edición original francesa de la obra *La Couturière mystique de Paris*, de JEAN GUENNOU, publicada en 1959 por Les Éditions du Cerf, de París

NIHIL OBSTAT: el censor, JOSÉ M.ª MURALL, S.I.

IMPRÍMASE: Barcelona, 8 de julio de 1960
† GREGORIO, Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvdma.
ALEJANDRO PECH, Pbro., Canciller-Secretario

© Editorial Herder, Barcelona (España) 1961

N.º registro 6291-60

ES PROPIEDAD

Dep. legal: B. 2429-1961

PRINTED IN SPAIN

Gráficas Condal - Clot, 102 y 104 - Barcelona

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo	9

Primera parte

LA VIDA MUNDANA

I. La bella durmiente del bosque	13
II. Un manuscrito excepcional	14
III. El abate de Choisy	15
IV. Una estrella sin nombre	18
V. La vida mundana en provincias	19
VI. La guerra	22
VII. La conversión	25
VIII. Regreso accidentado	27
IX. La gran enfermedad	29
X. Los apuros	30
XI. Aldeas fronterizas	31
XII. Las ursulinas	32
XIII. Ciudad de los estudios y ciudad natal	33
XIV. Los registros parroquiales	37
XV. Scey-sur-Saône	39
XVI. Los Bauffremont	40
XVII. Mathias Moine	42
XVIII. Una tribu	43
XIX. Peligros de los caminos	45
XX. El Marais	47
XXI. La Anunciada	48
XXII. Las dificultades de la vida	50
XXIII. Los confesores	52

Segunda parte

UNA TEMPORADA EN EL PARAÍSO

XXIV. La mirada del Señor	57
XXV. Perdida en Dios	60
XXVI. Eucaristía y vida mística	62
XXVII. Gracia y libertad	64

Tercera parte

LAS GRANDES PRUEBAS

XXVIII. Itinerario	69
XXIX. La noche oscura	71
XXX. Destellos en la noche	74
XXXI. Foco ardiente	75
XXXII. El combate de los años sombríos	78
XXXIII. Las tentaciones deshonestas	80
XXXIV. Pruebas exteriores	83
XXXV. Pobreza extrema	86
XXXVI. Un corazón generoso	87
XXXVII. Fin de la tormenta	88
XXXVIII. Liberación.	88
XXXIX. La guía del Señor	89
XL. Por fin sola	90
XLI. La muerte del padre	90
XLII. Despunta el día	91

Cuarta parte

DESIERTO Y SINAI

XLIII. Primacía del texto	95
XLIV. Investigaciones	96
XLV. El padre de Sesmaisons	99
XLVI. La cuestión de la comunión frecuente	101
XLVII. La ascética de una mística	104
XLVIII. El semblante de la pobreza	111
XLIX. La vida retirada	116

L. Luces de arriba	121
LI. La eucaristía ante los ojos del alma	125
LII. El jansenismo	127
LIII. La ley divina.	135
LIV. La condición humana	137
LV. Belén	139
LVI. Egipto	140
LVII. La vida retirada	141
LVIII. La pasión	142
LIX. La cruz	143
LX. La resurrección.	145
LXI. El don del Espíritu santo	145
LXII. La providencia	146
LXIII. Providencia y tentaciones	147
LXIV. Los atributos de Dios	147
LXV. La santísima Trinidad	149
LXVI. La humanidad de nuestro Señor	150
LXVII. La transverberación	151
LXVIII. La unión transformante	153

Quinta parte

LA GRAN TINIEBLA

LXIX. De la luz a las tinieblas	165
LXX. Anonadamiento místico	166
LXXI. Anestesia mística	167
LXXII. Desposeimiento místico	171
LXXIII. Posesión divina	174
LXXIV. Primacía del amor	178
LXXV. Purgatorio místico	178
LXXVI. Despertar de las pasiones	182
LXXVII. La unión en la noche	183
LXXVIII. El tercer confesor	185
LXXIX. Un gran orador	187
LXXX. Un director clarividente	192
LXXXI. Las relaciones	196
LXXXII. Los bienhechores	200
LXXXIII. La jornada de una costurera	203

Sexta parte

EXCELENCIA DE CLAUDINE MOINE

LXXXIV.	La santidad	207
LXXXV.	Fisonomía moral	210
LXXXVI.	La escritora	212
LXXXVII.	Las fuentes	214
LXXXVIII.	Una experiencia mística	223
LXXXIX.	Conclusión	229

PRÓLOGO

El año 1954, siendo profesor de teología ascética y mística en el seminario de las Misiones Extranjeras de París, me puse a hacer el recuento de los textos espirituales que se conservaban en los archivos de la casa.

Ahora publico los primeros resultados de mis búsquedas.

Algunos especialistas disfrutaron ya hace dos años de las primicias. En efecto, el primero de abril de 1957, con objeto de obtener el diploma de la École Pratique des Hautes Études, presenté una tesis titulada *Una mística desconocida, del siglo XVII*, que obtuvo calificación favorable (V. *Annuaire* 1957-1958 de l'École Pratique des Hautes Études, Section des Sciences Religieuses, París 1957, pp. 30-31 y 112-114).

Esta tesis, analítica y técnica, no estaba destinada a la impresión. En la obra presente sólo se han conservado de ella algunas líneas. Esta vez, en efecto, se trata de una síntesis que sigue no ya el orden de los documentos, sino el orden cronológico de los hechos referidos.

Un crítico calificado, a quien debo poder publicar este trabajo, me decía: «Como autor espiritual, su mística se puede situar en el mismo plano que la de san Juan de la Cruz y santa Teresa. Pero sería de desear un suplemento de información.»

Deseo totalmente justificado. Así, pues, Dios mediante, ulteriormente aparecerá la edición de las *Relations Spirituelles*.

No sabiendo por dónde comenzar ¿no se pondría Claudine en un principio a hablar, consciente o inconscientemente, de los asuntos más conformes con sus lecturas y con las enseñanzas que recibía de los jesuitas, en el confesionario o en los sermones? Más bien parece que recoge sus recuerdos, puesto que atribuye su conversión a esas claridades infusas, contemporáneas, en este caso, de la «mirada de Dios».

Lo que por el momento nos interesa es el modo como se presentan y los efectos que producen.

Las más bellas y principales luces que plugo a la bondad del Señor derramar en mi alma y que me cambiaron en un momento (fue ver la excelencia del fin para el que había sido creada, cuánto me había alejado de él por el pecado, la abominación del mismo pecado, el término desdichado en que precipita al alma miserable que se ha manchado con él, que es el infierno. Entonces apareció a mis ojos esta espantosa eternidad. Sobre todo tuve una vista de la pena de daño, que me duró unos quince días. ¡Estar para siempre en el odio de Dios, odiarle así eternamente y vomitar incesantemente blasfemias contra la soberana bondad! No comprendo cómo no morí a la vista de estas cosas tan horribles ni cómo podía soportar el amor excesivo que inflamó en mi corazón el conocimiento que tuve de la bondad de Dios que me había preservado de caer en estas desgracias y reservado para poder amarle, tomando desde entonces la resolución de emplear todo el tiempo de mi vida en este santo ejercicio, detestando en adelante con extremo horror todo lo que pudiera alejarme de mi Dios⁷².

Hasta aquí, nada cuyo equivalente no se encuentre en todos los grandes místicos. Dios los ilustra acerca del más allá. Mas he aquí que se afirma la personalidad de Claudine. Se vuelve poeta y filósofo. Más de un siglo antes de Kant estaba ya familiarizada con la distinción entre las cosas «tal como aparecen» y «tal como son en efecto»⁷³. Asistimos al nacimiento de esta nueva visión del mundo que le permite rebasar las apariencias para ir derecha al corazón de las realidades, percibiendo ahora de golpe su conexión con Dios.

72. R.S. 132.

73. R.S. 106 § 2; 110 § 1; 165 § 5.

Yo era muy ignorante de los medios y de las vías que debía seguir para llegar a mi fin y unirme con él. Mas plugo a Dios abrirme dos libros en los cuales aprendí todo lo que me era necesario a este propósito. Uno de ellos fue este mundo visible y sensible, pues entonces fue del todo nuevo para mí, o bien se me dieron nuevos ojos para mirar y considerar todo distintamente de como lo había hecho hasta entonces. El esplendor del sol, la claridad de las estrellas, la belleza del firmamento, el orden de las estaciones, la variedad de los colores, la diversidad de las flores y en general todo lo que se encuentra en la naturaleza y se representaba a mis ojos o a mi imaginación, eran para mí motivos para elevarme y para unirme con Dios, viendo en sus criaturas pequeños effluvis y ligeras participaciones de sus perfecciones divinas admirando cómo todas están en perfecta sumisión y obediencia a sus órdenes sin faltarles nunca en un solo punto o en un solo momento, y que el hombre, que se está más obligado que todas juntas, ya contra sus leyes y sus mandamientos⁷⁴.

Así como ve el mundo con nuevos ojos, así sus conocimientos religiosos cambian de naturaleza. Lo que había aprendido en familia, en el convento y en la parroquia, le parece inexistente en comparación con la ciencia infusa que le había comunicado nuestro Señor.

El segundo libro que se me abrió y en que aprendí mucho más excelentes lecciones para honrar y servir a Dios, fue Jesucristo y su santísima vida, que me fue presentada y puesta ante los ojos como un prototipo y un divino ejemplar que debía copiar e imitar el resto de mi vida. Había sido criada y sustentada, por la gracia de mi Dios, en la religión cristiana y católica. Y todavía, en nuestro país, no se soporta a los hugonotes, que es un crimen que se castiga con la muerte⁷⁵. Pero, además, había estado dos años y medio, menos algunos días, en religión, donde no habían podido dejar de instruirme en los misterios de la fe. Y, sin embargo, puedo decir muy bien que hasta entonces era yo semejante a esas gentes de que habla nuestro Señor en el evangelio, que viendo, no ven y oyendo, no oyen. ¡Cuánta diferencia hay entre lo que nos enseñan los hombres y lo que nos enseña Dios! En fin, podría seguramente decir que no he aprendido los misterios de la fe y de la religión, y sobre todo la vida de nuestro Señor, sino de Él solo. Por entonces me hallaba en tan grande

74. R.S. 133.

75. El edicto de Nantes, que establecía la tolerancia religiosa en Francia, no se aplicaba en el Franco Condado, sometido a la Inquisición española.

LA PROVIDENCIA

Con todas estas luces nuestro Señor me dio una de su Providencia que obró maravillosos efectos en mi alma. Vi, pues, en un gran resplandor de claridad, cómo esta Providencia es la que dispone de todo, lo mismo lo general que lo particular, lo mismo las cosas grandes que las pequeñas, no sucediendo nada fortuitamente y al azar, sino estando todo bien previsto y concertado en el consejo de la divina sabiduría, que gobierna con tanto cuidado al pequeño gusanillo en la tierra como a la más alta inteligencia en el cielo, aplicándose enteramente a cada criatura lo mismo que a todas, mas sin inquietud ni trabajo. Hay quienes dijeron que Dios no se mezclaba en las cosas pequeñas, pensando hacer agravio a su grandeza de él atribuyéndole el gobierno de ellas¹²⁰. ¡Qué ignorancia! Precisamente en esto es donde aparece más su soberano poder y su sapiencia¹²¹ infinita.

Este conocimiento me elevó y me puso casi en un momento por encima de todos los reveses de fortuna y de todos los accidentes molestos que pueden sobrevenir y afectar a la vida del hombre. Pues ¿qué podía yo temer ya, estando bien ilustrada y persuadida de esta verdad de que todo sucede por orden de Dios, que envía a cada uno lo que le conviene, con un amor más grande que el de nuestro padre y madre para con su hijo? Así, mirando lo particular de mi vida dentro de esta disposición divina, amé la condición de pobreza y de sufrimiento en que me hallaba y no hay género de pena y de trabajo que no hubiera sufrido de buena gana para cumplir todos los designios de Dios acerca de mí.

Las dos pasiones del deseo y del temor quedaron desde entonces y hasta ahora (hace ya ocho o nueve años) como aniquiladas en mí, no pudiendo temer nada que venga de la mano de Dios ni deseando otra cosa sino lo que recibo de ella, sea de naturaleza, o de gracia o de la gloria, que espero de él por la bondad y los méritos de Jesucristo, estando más contenta y satisfecha de todas las cosas recibíendolas dentro del orden de la Providencia que si fueran de mi elección¹²².

120. Sin duda oiría hablar de Aristóteles en lo sermones.

121. Sabiduría.

122. R.S. 154 § 1-3.

PROVIDENCIA Y TENTACIONES

Nuestro Señor, por una justicia muy equitativa, permitió que fuese atormentada con tentaciones que estuviesen en relación con los pecados que yo había cometido, como me lo hizo conocer, y ya lo he anotado en algún otro lugar, para darme pena y castigo por ellos. Y por una bondad muy inefable me hizo también gracias que correspondían mucho a las tentaciones que había sufrido. Una de las más molestas que he soportado fue contra la fe y de que no había Dios. Y así luego me dio un conocimiento tan claro de los misterios de la fe y de las verdades cristianas que todo esto era más sensible y palpable en mi espíritu que todo lo que podía ver y conocer por los sentidos. Pero sobre todo me dio tantas luces sobre su ser divino y sobre sus perfecciones divinas que me hallo bien cohibida para decir algo de ello y de los efectos que obraron en mí. Sin embargo, diré lo que pueda para no faltar a la obediencia¹²³.

LXIV

LOS ATRIBUTOS DE DIOS

Me fue, pues, infundida en el alma una luz grande y extraordinaria que me hizo ver cómo Dios era el ser de los seres, necesario y eterno, y necesariamente eterno, infinito, incomprensible y bienaventurado por sí mismo, independiente de todas las criaturas, las cuales no tienen ser ni subsisten sino por él, al cual si, por imposible, se le pudiera destruir, se destruiría al mismo tiempo a todos los seres creados; mas, al contrario, se los podría hacer volver a todos a su primera nada sin que él sufriera ninguna alteración¹²⁴.

Me dio también un conocimiento claro de su infinita sabiduría que lo ve todo, lo sabe todo, no puede ignorar nada y, como dice el sabio, gobierna todo con número, peso y medida¹²⁵.

No se me daban estos conocimientos puramente especulativos, mas obraban siempre maravillosos efectos en mi alma. Y así no los tenía tampoco por ciencia y estudio, mas eran infundidos inme-

123. R.S. 156.

124. R.S. 157 § 1.

125. Sap 2, 20.